

Perspectivas del mercado mundial del petróleo

Miguel S. Wionczek*

Hace solamente tres meses, después de un viaje de estudio al Golfo Pérsico, vaticiné que la caída de los precios internacionales del crudo continuaría durante bastante tiempo,¹ a pesar de que en aquellos momentos las cotizaciones estaban ya en menos de 12 dólares por barril, es decir, en términos reales, muy por debajo de las registradas durante el primer choque petrolero de fines de 1973. A mediados de julio, con excepción del petróleo estadounidense, los precios del crudo rompieron la barrera psicológica de los 10 dólares por barril, mientras una fuente bastante confiable² señalaba que seguirán bajando todavía más durante lo que queda de 1986.

Conviene insistir en que detrás de la caída abrupta del precio del crudo, registrada desde principios de 1986, había seis factores principales:

1) el persistente exceso de la oferta global de petróleo sobre su demanda, comprobado por las estadísticas de la OPEP y de la Agencia Internacional de Energía (AIE), con sede en París, esta-

1. Miguel S. Wionczek, "La baja del petróleo, imparable", en *Excelsior*, México, 20 de abril de 1986.

2. *Petroleum Intelligence Weekly*, Nueva York, números correspondientes al primer semestre de 1986.

* Director del Programa de Energéticos de El Colegio de México. El autor presentó esta ponencia en el Instituto Mexicano del Petróleo el 24 de julio de 1986, durante el Seminario Internacional sobre Ahorro de Energía, celebrado en la ciudad de México del 23 al 26 del mismo mes, bajo los auspicios de la Federación Mundial de Organizaciones de Ingenieros (FMOI).

blecida en los setenta por todos los países industriales, con excepción de Francia;

2) la continuación de la tendencia registrada en todas las economías industriales hacia la declinación del consumo de crudo, tanto por unidad de PNB como en términos absolutos;

3) la negativa de los grandes competidores de la OPEP como Canadá, Gran Bretaña y Noruega, entre otros, de participar en cualquier intento de estabilizar el mercado en cooperación con la OPEP;

4) la incapacidad política de la OPEP misma, resultante en particular del viraje de las acciones y medidas de Arabia Saudita y de la repercusión que produjo sobre la OPEP la guerra entre dos de sus países miembros, Irán e Irak;

5) el interés de las grandes empresas internacionales productoras e importadoras de crudo en la baja de sus precios por razones de los regímenes fiscales reinantes en la industria petrolera del mundo industrializado, donde la carga impositiva sobre las ganancias procedentes de la extracción de crudo es mucho mayor que la que se aplica a las actividades de refinación y distribución de los productos petroleros, y

6) el "descubrimiento" muy reciente de que los costos de producción del crudo en distintas partes del mundo son mucho menores que los estimados previamente.

Como intentaré demostrar ahora, todos estos factores no sólo siguen presentes y tal vez no desaparecerán durante los próximos diez años, sino que —lo que es más grave aún— se ven acompañados por una fuerte desaceleración de la tasa de crecimiento de la economía mundial. Hace apenas unos meses había

expectativas de que la baja general de los precios de los energéticos tendría tanto efectos positivos para el crecimiento económico de los países industrializados como considerables beneficios para algunos en desarrollo como Brasil o la India, importadores netos de energéticos. Ya se han desvanecido por completo esas esperanzas, a juzgar por los análisis de prospectiva económica a corto plazo, elaborados últimamente por fuentes tan distintas como el Banco Mundial, de Washington, la AIE, de París, y el Banco de Pagos Internacionales, de Basilea, entre otros.

Todas estas fuentes internacionales de análisis económico global se vieron sorprendidas, como casi todo el resto del mundo, por la intensidad y duración de la presente crisis petrolera. Esto se comprueba en un estudio de la OCDE, hecho público a fines de marzo, en el que se aventuraba la opinión de que en 1986 las economías de los países industriales iban a crecer 3.25% en comparación con el promedio anual de 2% correspondiente al período 1981-1985, suponiendo que los precios petroleros bajarán a 20 dólares por barril durante la primera mitad del año en curso y hasta 15 dólares de julio de 1986 a fines de 1987. De hecho, aún ahora, con un rezago de percepciones bastante inquietante, tanto algunas grandes empresas petroleras privadas como los bancos internacionales, cuyas carteras contienen créditos otorgados a la industria petrolera, manejan como precio de referencia para fines internos y contra las pruebas disponibles, la cifra de 15 dólares por barril de crudo para 1986-1987.

Sin embargo, las perspectivas de la economía mundial y de sus distintos sectores así como las de la industria petrolera en su conjunto, son más sombrías que nunca. El último informe anual de las Naciones Unidas sobre la situación económica mundial, hecho público en Nueva York a principios de este mes, parece ser el más pesimista de todos los aparecidos desde 1946. Su conclusión principal puede resumirse en una sola frase: si bien el crecimiento de la economía mundial en 1986 y 1987 tal vez será un poco mejor que en alguno de los años recientes, particularmente difíciles, las tasas de crecimiento serán mucho menores que los promedios de los tres decenios de la posguerra, a pesar de la baja de las tasas de interés, la caída abrupta de los precios del petróleo y la sustantiva depreciación del dólar en relación con las demás monedas convertibles clave, iniciada hace más de un año. Mientras todo el mundo se benefició —sigue el informe de las Naciones Unidas— de la baja de las tasas de interés, que tiene una importancia crítica para el sostenimiento de la economía global a mediano plazo, las consecuencias de la caída del dólar y de los precios petroleros fueron mucho más complicadas. Ninguno de estos dos importantes acontecimientos dio impulso alguno al crecimiento de los países industriales, si bien ambos permitieron a los países importadores netos de energéticos, tanto industriales como en desarrollo, el ahorro de unos 25 000 millones de dólares de sus cuentas de importaciones. Sin embargo, para los países en desarrollo productores de petróleo, cuya población equivale a la cuarta parte del conjunto del mundo en desarrollo y cuyo PNB representa 40% del PNB global del llamado Tercer Mundo, la caída de los precios petroleros (bastante más leve que la que está ocurriendo en 1986, cabe añadir), se ha traducido en un desastre socioeconómico.

Sólo al considerar conjuntamente el impacto de la caída de las cotizaciones y de la demanda de petróleo, el deterioro adicional del comercio internacional de las demás materias primas y la carga de la deuda externa, es posible darse cuenta de la catastrófica situación social, económica y financiera de las periferias

de la economía mundial. El mejor indicador fue la salida neta de recursos financieros de esta región hacia los países industriales, la cual en 1985 excedió de 30 000 millones de dólares. Esta transferencia neta de recursos financieros ocurre a pesar de las severas restricciones que el mundo subdesarrollado ha impuesto a sus importaciones y refleja el pago neto de intereses del orden de 50 000 millones de dólares. A lo anterior se agrega la caída neta del flujo de capitales hacia las periferias de la economía mundial: de 63 000 millones de dólares en el año récord de 1981 descendió a 13 000 millones en 1985.

Todo lo ocurrido en escala global en 1985 —termina el informe anual de las Naciones Unidas— confirma una vez más que los persistentes desequilibrios de la economía mundial no pueden resolverse tan sólo mediante las políticas nacionales. La solución depende de una acción internacional mancomunada que se ocupe del comercio, las finanzas, las políticas monetarias, las materias primas y la deuda externa, ya que todos estos asuntos están estrechamente interrelacionados.

La esperada continuación de la depreciación del dólar y la baja adicional de los precios del petróleo tendrían —según la misma fuente— efectos muy asimétricos en los distintos sectores de la economía mundial. Si bien una depreciación adicional del dólar no significaría impulso alguno para la economía mundial a mediano plazo, habría víctimas, entre las que destacan Japón y la Comunidad Europea, y beneficiarios, aunque en un grado muy limitado, que serían Estados Unidos y los países en desarrollo. Si los precios del crudo se estabilizaran entre 10 y 12 dólares por barril, los países en desarrollo que lo producen aumentarían en 1988 su participación en el mercado a 55%, en comparación con 40% en 1985, mientras la de los países avanzados podría caer de 29% en la actualidad a 19% en 1988. Sin embargo, el aumento de su participación relativa en el comercio internacional del crudo no compensaría de manera alguna a los países productores la pérdida de ingresos petroleros.

Además, conviene recordar que el consumo global de petróleo no sólo dejó de crecer desde fines de los setenta sino que continuará declinando por lo menos a mediano plazo. Sin intentar ofrecer algunas proyecciones al respecto, en su último informe anual sobre el mercado petrolero en 1985 (publicado en París la misma semana en que apareció en Nueva York el informe de las Naciones Unidas) la AIE se limitó a presentar datos que indican que en ese año el consumo de crudo en los 24 países industriales miembros de la OCDE disminuyó en cerca de 1.2%, en comparación con 1984, y que la demanda de petróleo dentro de la OCDE (34 millones de barriles diarios) fue 8 millones de barriles diarios menor que en el año récord de 1979.

La participación del petróleo en el consumo de energéticos en el conjunto de los países industriales declinó de 1979 a 1985 en 8% a favor de la energía nuclear y el carbón. Además, la eficiencia del uso de energéticos en los mismos países aumentó aún más, por lo cual los países de la OCDE redujeron sus requerimientos de energía en el equivalente de 2 millones de barriles diarios de 1979 a 1985. Durante el mismo período, el uso del carbón, principalmente para generar electricidad, aumentó en un equivalente de casi 3 millones de barriles diarios de petróleo. Por último, en 1985 la producción de petróleo de los países que no pertenecen a la OPEP creció en 800 000 barriles al día, llegando a 28.3 millones de b/d. Todos estos cambios estructurales (el ahorro y la conservación de la energía, la sustitución del petróleo por otros energéticos y el crecimiento de la producción de crudo fuera

de la OPEP) parecen irreversibles por lo menos para los próximos 5-10 años, aunque su ritmo puede verse algo desacelerado.

Si bien la información anterior describe en términos generales el trasfondo de las presentes y futuras tendencias del mercado petrolero mundial, cabe ampliar el análisis de los seis factores principales mencionados, a la luz de los acontecimientos ocurridos en los tres últimos meses.

Primero, persiste el exceso de la oferta global de petróleo sobre su demanda. Si bien los países miembros de la OPEP han logrado incrementar su participación en el mercado de un promedio de 16 millones de b/d en 1985 a 18.2 millones de b/d en abril-junio de 1986, o en 3.4%, la demanda global de crudo ha quedado estancada al nivel del año pasado. A pesar de ciertos recortes de la oferta, más bien de carácter coyuntural, como el descenso de las exportaciones de la URSS y la desaparición del mercado de la producción marginal de altos costos en Estados Unidos y Canadá, el aumento de la extracción de crudo en Noruega, Brasil, Indonesia, Irán, Irak y algunos productores africanos menores ha excedido la disminución de la oferta de crudo en el primer grupo de los países mencionados.

Aunque los países de la OPEP en su conjunto pagaron por su leve expansión de las exportaciones en los últimos meses un precio sumamente alto en términos de sus ingresos de divisas, el problema de la presión del exceso de la oferta global sobre la demanda sigue sin resolución. En un documento de la Comisión Económica de la Junta de la OPEP —elaborado para su reunión ministerial, en Brioni, Yugoslavia, de fines de junio— se estimaba provisionalmente que en vista de la caída presente de los precios internacionales del crudo, los ingresos petroleros de la OPEP, que en 1985 sumaron entre 130 000 y 140 000 millones de dólares, pueden disminuir tal vez en 50 000 o 60 000 millones de dólares, o 40%, en 1986. Si a estas estimaciones se agrega una depreciación del dólar de más de 40% durante los últimos 12 meses, los ingresos de la OPEP pueden equivaler este año a menos de la mitad de los de 1985, en términos reales.

La inseguridad general respecto de la magnitud del exceso de la oferta presente y futura del crudo se traduce tanto en la extrema volatilidad del mercado internacional como en la reacción del mismo al fracaso de la reunión de Brioni. Durante la primera semana de julio, inmediatamente después de concluida dicha reunión, los precios *spot* y de futuros de cualquier procedencia, así como de los productos petrolíferos en Estados Unidos, han caído una vez más muy considerablemente en medio de los rumores de que Arabia Saudita aumentaba de nuevo su producción. En Europa los precios *spot* del barril de crudo se situaron en 9.50 dólares (frente a 26-27 dólares hace un año), los del crudo estadounidense entre 9.75 y 11.25 dólares (26-29 dólares a principios de julio de 1985), registrándose también nuevas bajas de los precios de los principales refinados en Estados Unidos.

Segundo en vista de que persiste la tendencia hacia la baja del consumo de crudo en todas las economías industriales, las revistas financieras y petroleras de circulación internacional dedican ahora mucho espacio a cinco temas interrelacionados: a) el efecto negativo de la caída de los precios del crudo sobre la balanza de pagos de un creciente número de exportadores petroleros, incluyendo a la Gran Bretaña y la URSS; b) las políticas de austeridad en materia de exploración, explotación y comercialización seguidas por las grandes empresas petroleras internacionales;

les; c) la presión creciente de estas empresas sobre los gobiernos, particularmente en la región del Mar del Norte y Canadá, para que disminuyan la carga fiscal; d) la posibilidad de nuevas fusiones en la industria petrolera estadounidense, y e) las predicciones de que los precios del crudo sufrirán una nueva baja en el curso de 1986. Con respecto a este último punto, el récord pertenece a un alto funcionario del National Coal Board de Gran Bretaña, quien acaba de vaticinar que el precio del crudo tendrá que bajar hasta 4 dólares por barril para poder competir con la energía nuclear y el carbón como fuente de electricidad. La gran mayoría de los expertos de ambos lados del Atlántico sitúan el probable precio del crudo a corto y mediano plazo —tal vez hasta inicios de los noventa— entre 8 y 10 dólares por barril.

Tercero, no sólo ninguno de los grandes competidores de la OPEP (Canadá, Gran Bretaña y Noruega) ha dado señal alguna de participar seriamente en los intentos de estabilizar el mercado del crudo en cooperación con la OPEP, sino que además la URSS está volviendo al mercado debido a la recuperación del volumen de su producción, ligeramente disminuida en 1984 y 1985, y —según las fuentes occidentales— a su creciente disponibilidad de petróleo adquirido en Argelia, Irak, Libia y Siria, conforme a contratos de trueque.

Cuarto, la incapacidad política de la OPEP de conciliar en Brioni las posiciones opuestas, por un lado, del grupo mayoritario, encabezado por Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos, que decidió inundar los mercados con crudo barato para forzar a los no miembros de la OPEP a crear un frente común tendiente a fortalecer los precios algún día y por otro, del grupo minoritario (Argelia, Libia, Irán e Irak) que quiere recortar la producción de la OPEP. La mejor prueba de tal fracaso la ofrece la decisión saudita de incrementar ahora sus exportaciones de crudo a 5.5 millones de barriles diarios, lo que provocará otra caída de los precios de magnitud desconocida.

Quinto, si bien la posición financiera de las grandes empresas petroleras internacionales se ve muy poco afectada por la política saudita, no debe olvidarse que esto obedece a las medidas de austeridad interna tomadas por ellas, su amplia disponibilidad del crudo a corto plazo y las ligas directas entre Arabia Saudita y la Exxon, de la cual —de acuerdo con fuentes fidedignas— posee más de 20% de las acciones. Las relaciones de otras ex Siete Hermanas con la ex Aramco también tienen su peso en el mundo actual de caos petrolero general.

Sexto, los muy recientes viajes del autor al Golfo Pérsico, el Mar del Norte y Alaska le permitieron recoger información que contradice el mito de que los costos *marginales* de producción de crudo, tanto en el Mar del Norte como en Alaska y las zonas árticas de Canadá, son mucho mayores que los prevalentes en las regiones de amplio y fácil acceso. Es cierto que durante el auge petrolero, entre mediados de los setenta y el inicio de los ochenta, la apertura de las nuevas regiones petroleras en el norte del planeta ha involucrado inversiones sumamente altas. Sin embargo, en su mayor parte se financiaron con los ingresos, también sumamente altos, de las grandes compañías internacionales. En vista de que una parte considerable de estas inversiones ya ha sido depreciada, solamente las empresas endeudadas en exceso en los mercados financieros, tales como la Dome Petroleum de Canadá, y las empresas menores en Canadá y Estados Unidos, están resintiéndose la presente caída de los precios. Las demás pueden continuar viviendo cómodamente, aun cuando el petróleo se co-

tice a 5 dólares por barril. En otras palabras, la guerra del petróleo de nuestros tiempos puede terminar en un nuevo cártel de las digamos Doce Hermanas, que incluiría a las más grandes empresas petroleras privadas, algunos países petroleros del Medio Oriente y, obviamente a la URSS y, tal vez más tarde a la República Popular China.

Frente a tales perspectivas, ¿qué puede hacer un país como México, uno de los participantes más recientes en el gran juego petrolero? Las respuestas nos las dicta el sentido común:

1. A estas alturas cabe eliminar del diccionario retórico expresiones tan queridas aunque tan confusas como las de que México no va a malbaratar su crudo; del diccionario político habría que suprimir aseveraciones tales como que el petróleo mexicano es una mercancía estratégica. Estas expresiones y aseveraciones han perdido su validez para el futuro inmediato y mediato.

2. Si bien la prioridad principal de México es proporcionar los insumos energéticos al país mismo, la magnitud de las reservas probadas y potenciales es tan grande, tan urgentes las necesidades de las importaciones de toda clase de bienes y servicios, y tan pesado el servicio de la deuda externa, contraída principalmente en los tiempos del auge petrolero, que se vuelve vital continuar las ventas de crudo al extranjero, a pesar de la crisis petrolera mundial.

3. Para enfrentarse al reto del mercado, la industria petrolera mexicana tiene que volverse más competitiva, particularmente en vista de que los costos marginales de producción que se desconocen parecen ser más altos que en otras regiones con características geológicas, locacionales y climáticas más difíciles.

4. En vista de que, conforme a los estudios recientes, México cuenta con un margen interno muy considerable para ahorrar y conservar energía, y en particular crudo y petrolíferos, el potencial de ahorro y conservación tiene que aprovecharse mucho mejor que hasta ahora.

5. Frente a las persistentes dificultades de la balanza de pagos cabría intensificar, sin llegar a la autarquía, la producción interna de los bienes de capital que necesita el sector energético y en especial la industria petrolera mexicana.

Finalmente, a la luz de los acontecimientos presentes y esperados en el frente petrolero mundial, no debería tomarse con demasiada seriedad durante lo que va de los ochenta la posición de que la crisis petrolera contemporánea es de tipo coyuntural y de duración pasajera. Ya en el otoño de 1985 un número creciente de expertos en la materia, en distintas partes del mundo, vaticinaba una baja de los precios del petróleo que duraría tal vez cerca de diez años. Lo que en aquellas fechas no preveía nadie fue la intensidad de esa declinación en 1986.

Hay muy pocos países grandes, medianos o pequeños que tengan una estrategia energética y petrolera a largo plazo. Tal vez una de las excepciones sea Japón. Hace un par de meses ese país mereció un largo artículo en uno de los más importantes diarios financieros de Estados Unidos, *The Wall Street Journal*, que llevaba el título "Japón puede vivir con el petróleo caro así como con el barato". ¿Cuál es la estrategia petrolera de Japón

de estos días? En un despacho de Reuters, procedente de Tokio y fechado el 1 de julio, se lee:

"Japón se propone asegurar su demanda de crudo hasta principios del siglo XXI mediante el financiamiento de los proyectos de exploración fuera de sus fronteras con los ahorros resultantes de los precios en constante declinación y de la fuerte posición del yen.

"Aunque la oferta abundante y barata actual del crudo ha desalentado los proyectos de exploración y producción en escala mundial, Japón no quiere enfrentarse a las dificultades energéticas a mediados de los noventa, de acuerdo con un experto petrolero del Ministerio de Comercio Internacional e Industria (MITI).

"Las sesenta compañías exploradoras japonesas afectadas por la baja de los precios del crudo están buscando créditos más baratos y apoyos de otro tipo del MITI. Este Ministerio, que favorece fuertemente la búsqueda de nuevas zonas petroleras, respondió a las empresas exploradoras proponiendo que entren en estrecha colaboración con la industria de refinación a través de una entidad gubernamental, la Japan National Oil Corporation. Esta corporación pública les proporcionaría 30% de los fondos necesarios procedentes de los recursos fiscales originados en el consumo de los petrolíferos. Otro 30% vendría de los activos financieros de las empresas refinadoras y exploradoras mismas. El resto se obtendría de la banca privada japonesa.

"Para ayudar en la aplicación de tal plan, como informa la Asociación Petrolera de Japón, el MITI tal vez proporcione créditos a tasas más bajas que la de 6.75% en vigor y reduzca los requerimientos del colateral."³

Esta interesante noticia subraya la necesidad de que los países que disponen de considerables reservas de hidrocarburos también formulen una política petrolera a largo plazo.

Otras fuentes consultadas

Agencia Internacional de Energía, *Annual Oil Market Report 1985*, París, junio de 1986.

Banco de Pagos Internacionales, *Annual Report 1985*, Basilea, junio de 1986.

"Futures Markets", informes publicados diariamente en *The Wall Street Journal*, Nueva York, 1 de mayo-20 de julio de 1986.

Naciones Unidas, *World Economic Survey*, Nueva York, junio de 1986.

OCDE, *Financial Resources for Developing Countries: 1985 and Recent Trends*, París, junio de 1986.

Tagliabue, John, Richard Johns y Youssef M. Ibrahim, informes diarios de la reunión ministerial de la OPEP celebrada en Brioni, Yugoslavia, 23-29 de junio de 1986, en *The New York Times*, *Financial Times* y *The Wall Street Journal*.

The New York Times, artículos sobre el mercado petrolero internacional publicados en marzo y julio de 1986. □

3. "Japan Plans Oil Projects", cable de Reuters procedente de Tokio, en *The New York Times*, 2 de julio de 1986.